

P. Hernández

3/17/08

## CAPITULO V.

### EL EJERCICIO, EL COLUMPIO, LA BORRASCA Y LA MUSICA.

En vano buscaba Destival con los ojos á Dalville á quien habia ido á recibir, y no vió junto al cabriolé mas que á Toni y á Bertrand que le hizo un saludo militar.

— Y bien ¿en donde está? ¿por donde ha entrado? dijo el señor Destival. Pasó Bertrand la punta de la lengua

por los labios y se rascó una oreja para buscar una respuesta; pronunció por fin con voz firme: — El señor Dalville llegará aquí tan pronto como yo.

— Veo sin embargo que llega vm. sin él; ¿lo ha dejado á vm. en el camino?

— Sí, señor.

— ¿Conoce á alguno en los alrededores?

— Creo que sí, señor.

— ¿Enfin él va á llegar? eso es lo esencial.

Corrió Destival á decir á las damas que iba á llegar su amigo Dalville, que se habia detenido en casa de un conocido, pero que no podia tardar.

— Yo no creia que conociese á nadie en este contorno, dijo madama Destival con sorpresa.

— ¡Dios mio! ese señor se hace bien desear, respondió la viva Atalia levantándose de la mesa, mientras que La Tomasiniere descontento de que se ocupasen de otro que de él, daba algunos pasos por el cuarto, luego dió una patada con violencia y se pegó en la frente diciendo: — ¡Ah! ¡Dios mio! ya iba á olvidar..... ¿qué hora? ¡aun no es la una!..... ¿hay posta en los alrededores?

— ¿Posta de caballos? dijo Monin.

— No, señor, posta para las cartas.

— ¡Ah! sí.... allí..... en la segunda calle. Creo que... sin embargo no lo afirmaré... pero voy á decir á vm.

— Voy corriendo..... aun llegaré á tiempo.

Arrojóse entonces el señor La Tomasiere fuera de la sala como si fuese á derribar á todo el mundo, y sin escuchar á Destival que le gritaba: — Estese vm., yo la haré llevar: ademas ahí están sus criados de vm. Corrió el especulador precipitadamente hácia el campo, y habiendo llegado á un espeso ramaje se tendió sobre la yerba y se durmió diciendo: — Un hombre como yo no debe tener un momento desocupado.

Volvieron las damas al salon. El señor Destival bajó otra vez adonde estaba Bertrand, y Monin, que vió que todo el mundo dejaba la mesa, se decidió á hacer otro tanto, y siguió al amo de casa.

Cuando se hubo ya refrijerado Bertrand, lo tomó Destival por su cuenta suplicándole le diese una leccion de

ejercicio y de mando. El antiguo cabo de escuadra se dispuso á hacer lo que le renovaba sus gloriosos recuerdos. Se fué al terrado del jardin con el señor Destival, que hizo llevar su escopeta y un florete que le sirviese de sable, y se mantuvo derecho como un palo ejecutando las órdenes de Bertrand. Monin, que los habia seguido, creyó que exijia la política el hacer lo mismo que su huesped, tomó una pala en guisa de escopeta, y, colocado detras de su vecino, ejecutó tambien los *derecha, izquierda, presenten las armas*, que no interrumpia sino para visitar su caja de tabaco.

Hacia mas de una hora que estos señores estaban en el terrado con Bertrand que hubiera pasado con gusto todo el

dia en tan agradables ocupaciones. El señor Destival que queria eclipsar por su destreza en el ejercicio á los guardas del campo, comenzó á tenerse firme como un granadero prusiano; y Monin, bañado en sudor, porque queria marchar con tanta gallardía como su huesped, no reparó que á fuerza de manejar su pala, en puntería, adelante, y arma al suelo, habia empujado hácia atras su sombrero de paja y su peluca, lo que le daba un aire extremadamente camorrista.

Interrumpieron el ejercicio las carcajadas de risa de la bulliciosa Atalia que llegó con madama Destival.

Monin se detuvo sobre un: Presenten las armas; ya era tiempo, porque si hubieran pasado algunos instantes la pelu-

ca se hubiera caido y mostrado al exboticario como un niño Jesus.

En cuanto al señor Destival se presentó con arrogancia delante las señoras, con la escopeta al brazo, diciendo:— ¡Qué tal! ¿qué piensan vms. de mi garbo?

— ¡Es magnífico!.... pero me gusta mas el señor con su pala... está mas chusco...

— ¿Cómo, mi vecino; tambien vm. toma leccion de ejercicio?

— Sí, respondió Monin limpiándose la frente y llevando su peluca hácia adelante, lo habia seguido á vm. desde lejos, y despues voy á decirle...

— ¿Pero que se ha hecho el señor Dalville? dijo madama Destival sin escuchar al señor Monin, lo ha dejado á

vm. en el camino, debia llegar tan pronto como vm. y hace dos horas que vm. está aquí, ¿en casa de quien lo ha dejado vm., Bertrand?

— ¿En casa de quien, señora? Yo no he dicho haberlo dejado en casa de nadie...

— ¿Vm. lo ha visto entrar en alguna casa sin duda?... ¿Enfin no lo ha dejado vm. en el camino real?

— Perdone vm., señora, yo he dejado cabalmente á mi teniente en medio del camino, á media legua de aquí.

— Bertrand, vm. no lo dice todo... ¿y el señor Augusto no estaba probablemente solo en el camino?...

— Yo no he visto si venia gente, señora.

— ¡Oh! ¡habria por allí alguna aldeana, alguna rústica belleza,

que habrá seducido al señor Dalville!...

— Cómo, mi querida, ¿se dedica á semejante género? dijo la petimetra con un aire de desden.

— Se dedica á todos los géneros, mi amiga. ¡Oh! Dios mio, una moza de corral, que tendrá una naricilla arregada... un...

— ¡Ah! quita allá, eso disminuye mucho la buena opinion que tenia de ese señor.

— Se lo repito á vm., añadió en voz mas baja madama Destival, aproximándose á su amiga, es un libertino... ¡enteramente!... ¡A no ser por mi marido, yo no lo recibiria!... es un hombre cuyo conocimiento puede comprometer la reputacion de una mujer... ¡Pero Destival está loco con él!... quiere absoluta-

mente recibirlo; le convida á cada instante: á mí no me gustan las disputas, y dejo á mi marido que haga lo que quiera.

— Yo no soy tan complaciente, yo no hago mas que lo que me acomoda, ni recibo mas gentes de las que me convienen. ¡Ah! si La Tomasiniere quisiese oponérseme, tendria al momento ataques de nervios.

Iban á tomar de nuevo las damas el camino del jardin, y á continuar Bertrand con su leccion de ejercicio, cuando se oyeron en el patio carcajadas de risa, y al momento pareció Dalville delante de la sociedad.

— ¡Eh! buenos dias, querido amigo, dijo el señor Destival, yendo hácia Augusto con su escopeta en la mano, no

esperábamos verlo á vm.... Arma al brazo.... qué tal.... es así, ¿no es verdad?

— Veo que Bertrand hará algo de provecho con vm...

— Calla; vea vm. mi mujer que estaba de mal humor porque vm. no llegaba...

— ¡Dios mio! cuanto me hace sufrir mi marido, dijo madama Destival á su vecina, tomando un aire frio para saludar á Augusto que le dijo:

— ¡Qué! señora, ¿ha sido vm. tan buena, que se ha inquietado por mi ausencia?...

— Yo, señor, no he dicho una palabra tocante á eso... Yo no sé por que se complace Destival en hacerme decir cosas que no pienso. Solamente encuentro

que cuando se promete el llegar á almorzar es ridículo venir al fin del dia; por lo demas eso de manera alguna me sorprende.... ¡ah! Dios mio! señor, pero que ha sucedido á vm... ¿cómo se ha hecho vm. esa herida en la cara?... ese desorden en el traje.... Parece que le han ocurrido á vm. grandes aventuras...

—En efecto, señoras, dijo Augusto saludando á Atalia, que le volvia el saludo haciendo arrumacos, he tenido un encuentro.

—Acaso ha encontrado el lobo, dijo Monin aproximándose á Destival; los hay en el bosque... la aldeana que ha vendido los pepinillos á mi mujer nos ha contado que el otro dia...

—¿Se hubiera vm. batido con un

lobo, mi valiente Dalville? exclamó Destival, presentando la bayoneta á la sociedad, como si hubiese querido forzar un batallon en cuadro.

—No, señor, dijo la señora sonriéndose con malicia, no es un lobo el que ha hecho al señor esa señal en la cara..... eso parece una cosa del todo diferente... ¿no es así, mi querida amiga?

—Eso, dijo la viva Atalia, mirando á Augusto de muy cerca, pero... eso tiene todo el aire de un arañazo... ¿No es así, caballero?

—No se equivoca vm., señora.

—¿Con que se ha batido vm.? dijo la señora Destival.

—No, señora, solo que he encontrado un niño muy gracioso... habia roto la olla en que llevaba la sopa para

su padre; lo he consolado con una moneda, entonces... me ha abrazado lleno de gozo, acariciaba con sus manitas mis mejillas... y sin querer me habrá arañado un poco; ahí tienen vms., señoras, la fiel relacion de mi aventura.

Se mordió los labios madama Destival mirando á su compañera que se sonreia; ambas parecian dudar de la verdad de la relacion de Dalville, pero á este le daba poca pena lo que podrian pensar; aprovechándose del corto silencio que hubo en aquel momento, el señor Monin se aproximó á Augusto á quien habia visto dos veces en casa de su vecino, y le dijo con el talante mas amable; — ¿Cómo está el estado de su salud de vm.?

— Va muy bien, señor Monin, fuera

de este arañazo que no es peligroso...

— ¡Vm. se rie, señor!... ¡oh! no hay que chancearse pues con los arañazos... ¿lo gasta vm.?

— Muchas gracias.

— Yo sé lo que es eso, porque voy á decir á vm.: mi mujer tiene un gato..

Poco curioso de oir la historia de Monin, siguió Dalville á las señoras que habian vuelto al jardin. La presencia de Atalia suscitaba en el joven el deseo de ser amable; no se prometia Augusto hallar otra señora que la ama de casa, que le parecia bien, pero no hacia sin embargo esfuerzos por parecer amable en su presencia. ¿Y por qué? es porque no estaba enamorado de ella, ó porque estaba seguro de agradarle, ó... ¡Ah! en verdad eso es mucho preguntar.

La lijereza y la vivacidad de la señora La Tomasiniere se acomodaba perfectamente con la jovialidad y los modales de Augusto; y como el campo autoriza mas libertad, al cabo de muy poco rato, Augusto y la petimetra se reian y chanceaban juntos como si se hubiesen conocido hacia mucho tiempo.

No participaba madama Destival de su alegría, estaba enfurruñada, hablaba poco, y se contentaba con lanzar de cuando en cuando al joven miradas que significaban mucho; cuanta mas intimidad se establecia entre las dos personas que estaban junto á ella tanto mas parecia aumentarse su mal humor. Entre tanto recorrieron el jardin, se sentaron, y luego madama La Tomasiniere se fué á admirar un punto de vista, cojer una

flor, ó buscar una mariposa, y volviéndose, enseñó á Augusto dos filas de hechiceros dientes y pareció decirle: — Venga vm. pues conmigo. Pero madama Destival no la dejaba, y aunque haciendo un gesto muy pronunciado, corrió tambien tras de las mariposas.

— ¿Pero qué tiene vm.? mi buena amiga, le dijo Atalia con cierto aire de bondad natural; no parece que está vm. alegre...

— Perdone vm., estoy muy contenta, sino que me acaba de dar un violento dolor de cabeza.

— Entre vm. Vaya vm. á echarse un momento en su poltrona.

— No, hija mia; ¡oh! quiero estar con vm.

Paul Hernandez

— Es preciso no incomodarse en el campo... fuera de que el señor me hará compañía... Andaremos cojiendo mariposas...

— Yo cojeré cuanto á vm. le acomode, señora, respondió Augusto sonriéndose y haciendo en seguida un pequeño gesto, porque la señora Destival acababa de pellizcarle el brazo, diciendo:

— No, el aire me hará provecho; pero yo creia que queria vm. tocar el piano...

— ¡ Ah! esta noche tenemos tiempo, puesto que me quedo en su casa de vm... ¿ Y el señor, se queda tambien?

— Si la señora tiene la bondad de permitirmelo, dijo Augusto mirando á su huésped que respondió con enfado: — Vm. es el amo, caballero.

Despues de haberse paseado aun algun tiempo, llegaron al columpio, y la viva Atalia corrió á colocarse en la estrecha tabla sostenida solamente por dos cuerdas, diciendo á Augusto. — ¡ Ah! menea vm. el columpio, se lo suplico á vm., soy loca por él... he estado sin embargo dos veces á pique de matarme con este juego, pero ni por esas, no le puedo perder la aficion; pero no muy fuerte, caballero, ¿ oye vm.?

— El movimiento que mas le guste á vm., señora.

Se puso Augusto junto al columpio que comenzó á empujar lijamente, en tanto que la señora Destival se sentó á alguna distancia, llevando su pañuelo á los ojos. Estaba el joven distraido; miraba alternativamente á Atalia y á ma-

dama Destival; la petulancia de la una lo seducía, el disgusto de la otra parece que le causaba alguna pena. La petimetra exclamó: — ¡Ah! qué divertido es esto!... ¡Ah! esto es hermoso... Vaya, señor, vaya, un poco mas fuerte... ponga vm. atención no me dé sacudidas..... ¡Ah! querida amiga, no se puede vm. figurar el placer que esto me causa.

Madama La Tomasiniere no se cansaba de hacerse balancear; pero madama Destival, á quien aquello no divertía en manera alguna, tomó el partido de desmayarse, y se dejó caer sobre la silla dando un profundo gemido. Entonces dejó Augusto el columpio para correr hácia Emilia, diciéndole: — ¡Pero qué tiene vm., señora?

— Déjeme vm. es vm. un monstruo,

respondió madama Destival, con los ojos siempre cerrados.

— ¿Qué he hecho yo, pues?

— ¿Cree vm. que no observo yo su conducta...

— Me parece que mi conducta no puede ser mas natural.

— ¡No contento con venir... yo no sé de donde! ¡se permite vm. delante de mí el hacer la corte á esa coqueta que se conduce de la manera mas indecente!... Yo esperaba que por lo menos respetaria vm. mi casa...

— Verdaderamente, señora, no concibo por que es ese mal humor... Soy atento... político, á eso se reduce.

— Vm. cree sin duda que yo no tengo ojos... eso está demasiado á la vis-

ta... debía vm. reprimirse á lo menos...

— Pero...

— Calle vm.

— ¡Pero bien! dijo Atalia, que notó que aflojaba el movimiento del columpio. Qué hace vm. pues, señor, no le da vm. mas; así me deja vm..... pero yo no quiero cesar todavía... ¿Se ha cansado vm. ya?... ¡Ah! ¡eso es vergonzoso! ¡un joven!...

En aquel momento llegó Monin, quien viendo que su huésped se obstinaba en hacer el ejercicio hasta la hora de comer y no hallándose con fuerzas para continuar, acababa de abandonar la pala y se dirijia hácia el jardin, en donde, enjugándose la frente, buscaba en su caja de tabaco, con que refrescar sus ideas.

— Llega vm. oportunamente, señor Monin, dijo madama Destival, la señora necesita absolutamente uno que la columpie, vaya vm. pues á hacerle ese servicio... Se lo agradecerá á vm. infinito.

Al decir esto, se levantó Emilia, tomó el brazo de Augusto y lo arrastró por otro lado del jardin, dejando á Monin muy admirado de la tarea que acababan de encargarle, y á Atalia en su columpio, que vuelta de espalda hácia los otros personajes, no habia reparado en su marcha é ignoraba todavía que acababa de mudar de columpiador.

— Pero, empújeme vm., caballero, dijo la petimetra ajitándose en el columpio para tratar de hacerlo ir ella misma. Se confortó Monin con un nuevo

polvo, y se dirigió hácia el columpio; pero no habiendo calculado bien hasta donde podia aquel llegar por detras, en el momento en que remangaba sus mangas para empujar mejor, le alcanzó la tabla, y las regordetas formadas de la joven le pegaron en la cara.

Aturdido Monin con el golpe, fué á caer sobre la yerba á algunos pasos de allí; madama La Tomasiniere dió un grito, porque faltó poco para que las narices de Monin no le hiciesen caer del asiento. — ¡Qué torpe es vm.! exclamó, si no me hubiera sostenido fuerte me caia; vamos, venga vm. á pararme y ayudarme á bajar... ¡Pero qué! señor, ¿me va vm. á dejar?

No habia estado ajil para levantarse Monin, y andaba buscando su sombrero

de paja que el columpio le habia arrebatado, diciendo entre dientes: — Al momento soy con vm., señora; porque si volviese sin mi sombrero de paja seria un escándalo con mi mujer... Impaciente Atalia vuelve la cabeza y ve á Monin que procuraba subirse á un árbol, para alcanzar su sombrero que le habia arrojado el columpio á una rama muy alta. Da la joven una carcajada de risa, y luego se arroja del columpio y se aleja buscando á Augusto y á la señora Destival bajo los bosquecillos.

Despues de haber recorrido inútilmente el jardin, volvió al sitio en que habia dejado á Monin, y lo encontró todavía debajo del árbol, sin poder conseguir el subir á él, mirando con aire desconsolado su sombrero colgado de

una rama que no podia alcanzar, y buscando en su caja de tabaco el modo de recobrarlo.

— ¿Por donde han ido, señor? le dijo la viva Atalia, parándose delante de Monin, quien volvió sus abultados ojos á su alrededor diciendo :

— ¿Quienes, señora?

— Dalville y madama Destival.

— No sabré decírselo á vm... á no ser que hayan ido á hacer el ejercicio...

Se dirigió Atalia hácia la casa; el señor Destival estaba todavía en el terrado con Bertrand, fué la joven al salon y lo halló desierto.

— Esto es muy amable, dijo Atalia, el tal señor es muy cortes..... Parece que aquí nadie se incomoda por nada. Yo querria saber sin embargo si está Dal-

ville con la señora Destival... madama estaba con jaqueca... tengo curiosidad de saber como hace que se le pase.

Dejó el salon la petimetra y recorrió muchas piezas sin encontrar á nadie, porque Julia y Bautista estaban ocupados en la cocina y los tres lacayos del señor La Tomasiniere habian ido al pueblo á jugar á la oca. Subió Atalia al primer piso, en que estaba el dormitorio de madama Destival, pero la puerta de aquella pieza estaba cerrada y la llave quitada.

— Ella está en su cuarto, dijo la petimetra, y llamó lijeramente en la puerta, sin que nadie respondiese; llamó mas fuerte, y por fin se oyó la voz de la señora Destival que decia : — ¿Quién está ahí?

— Soy yo, amiga mia, respondió Atalia, vengo á hacer á vm. compañía...

— ¡ Ah! perdone vm. estaba durmiendo un momento... se ha aumentado de tal manera mi jaqueca.

— Yo tambien la tengo y descansaré un instante en su cuarto de vm.; eso me hará provecho.

— Pero, ¿ no le ha enseñado á vm. su cuarto, Julia?

— No, hija mia, ábrame vm.

No quiso alejarse Atalia y le abrieron por fin al cabo de algun rato; madama Destival se presentó en el desorden que es natural á una persona que estaba echada en su cama. Luego que entró, dió Atalia un vistazo por el cuarto y sus ojos hubieran querido penetrar en un gabinetito con vidrieras que habia al pie

de la cama, y cuya puerta estaba exactamente cerrada.

— ¡ Dios mio! ¡ cómo se me va la cabeza! dijo la señora Destival, llevando la mano á la frente.

— No está vm. mejor, dijo Atalia, sentándose en un confidente.

— ¡ Oh! muy al contrario.

— Vuélvase vm. á acostar, querida mia, yo voy á tenderme en este confidente, no me vendrá mal el reposarme tambien... Este sol tan fuerte hace daño á los nervios.

Madama Destival no parecia querer volverse á echar á la cama y se paseaba por el cuarto con impaciencia diciendo:

— ¡ Oh! no... no quiero dormir mas... se acerca la hora de comer.

— ¡ Ah! ¿ cómo hace vm. para repo-